

latente guerra. Con razon ha dicho uno de nuestros primeros poetas dirigiéndose al cielo:

¡Oh, qué abismo tan profundo
De iniquidad y malicia,
Han hecho de tu justicia
Los poderosos del mundo!

Las palabras de Rouher fueron tan graves, de una tan grande trascendencia, que pesaban despues de muchos dias sobre todas las discusiones del Cuerpo legislativo. Al dia siguiente tomó la palabra Mr. Garnier-Pagés, uno de los individuos de la extrema izquierda. Á pesar de haberse comprometido á hablar sobre los asuntos de Alemania evocaba á cada instante la Italia, esa sombra querida, esa ilustre madre de tantas naciones, que parece condenada á un eterno martirio como el génio, á un eterno dolor como el arte. Cada vez que su palabra tocaba en la llaga de Roma, retorcíase la mayoría como herida de un acerbo dolor. El diputado de la izquierda curó de declarar altamente una cosa que sus compañeros de oposicion no habian declarado todavía, curó de declarar que la extrema izquierda del Parlamento francés defiende la causa de la revolucion en Italia. Efectivamente, era vergonzoso que cuantos representan la revolucion se callaran el dia mismo en que la revolucion sufría una de sus más crueles derrotas. Si hemos de pertenecer al número de los que sólo aplauden el éxito, si hemos de ser tambien los ciegos adoradores de la fortuna; si hemos como Pedro de negar al justo, cuando el justo se halla maniatado y perseguido, vale más abandonar las legiones de los tribunos y de los mártires que defienden la libertad para irnos con las turbas de los cortesanos á incensar á los Césares. La parte capital del discurso de Garnier-Pagés versó especialmente sobre los asuntos de Alemania. Con una vigorosa entonacion y una lógica igualmente vigorosa manifestó las graves inconsecuencias cometidas en la cuestion alemana. No hay nadie en Europa que no

atribuya el ruidoso triunfo de Prusia sobre el resto de Alemania al arte con que Bismark supo envolver Italia en su propia causa. Una parte considerable del ejército austriaco, en vez de acudir á la defensa de Bohemia, acudió á la defensa de Venecia. El Austria fué definitivamente vencida, y lanzada con ignominia de la Confederacion germánica, sobre la cual habia ejercido una tan grande influencia. El eje de la política europea cambió. Francia se ve obligada desde entonces á compartir su gran poder continental con una potencia vecina que tiene por el Rhin puesta en sus riñones la punta de formidable espada. El equilibrio europeo se desconcertó con la aparicion de este terrible cometa de la unidad prusiana. Sí, cometa en el sentido de que es difícil calcular su órbita; de que es precipitada y errante su marcha; de que no sabemos si llegará á formar un nuevo planeta; y de que á los ojos de Europa, como á los ojos de la supersticion los cometas, aparece como una siniestra señal de muy terribles guerras y de muy próximas catástrofes. ¿Qué conducta convenia seguir á Francia en vista de tan grave suceso? Ó bien lanzar sus tropas sobre el Rhin á impedirlo; ó bien aceptarlo como una base de la alianza occidental, como un nuevo medio de reducir á polvo el Austria, negacion de todas las nacionalidades, y de encerrar en sus nieves á Rusia, amenaza á todas las libertades. Una de estas dos políticas hubiera sido algo fuerte, algo afirmativa una solucion. La incertidumbre presente sólo conduce al marasmo, á las amenazas de guerra universal, á la paralización de las transacciones, á la ruina de los intereses, á este triste estado que atraviesa Europa. Mr. Rouher no estuvo tan explícito respecto á Alemania, como habia estado respecto á Italia.

Es interesantísimo saber el efecto que produjo en Europa la grande discusion del Cuerpo legislativo sobre la cuestion de Roma. *El Observatore Romano*, periódico oficial de la

Santa Sede, publicaba con grandes elogios el discurso de Thiers. Ni siquiera suprimió los párrafos en que el orador predicaba la universal tolerancia religiosa condenada por el Syllabus. En cambio el periódico oficial de la Santa Sede, no ha querido publicar el discurso pronunciado por el arzobispo de París en la alta Cámara, discurso que proponia el mantenimiento del *Statu quo* y por consiguiente la renuncia á las antiguas provincias de parte de la Santa Sede. La prensa inglesa lanzó un grito de reprobacion contra el discurso del ministro de Estado. Los periódicos ingleses declaraban unánimes que ese harto franco discurso, habia ahogado la conferencia en el momento mismo de su difícil gestacion. La Prusia, cuya reserva y cuya prudencia en aquellos momentos, impidió la guerra universal, se mostraba tambien muy maravillada de que el gobierno francés fuera tan reservado ante el resto de Europa, y tan abierto y tan franco ante el Cuerpo legislativo de Francia. El movimiento de la opinion era muy original en Rusia. Existen dos grandes partidos en este vasto imperio. El despotismo no ha podido impedir que estallen allí las contradicciones naturales al espíritu humano, ni que entre allí como en todas partes la aspiracion á la libertad. Mientras un partido que se llama de la civilizacion propone que Rusia vaya al Congreso decidida á favorecer á Italia y destruir el poder temporal de los Papas, el antiguo partido nacional, el antiguo partido ruso pide que la nacion, representante del Cisma de Oriente, aproveche esta coyuntura para proponer lo que no pudo conseguirse durante la Edad Media: la unidad de las dos Iglesias. De suerte que en Rusia el partido europeo amenaza el poder temporal, y el partido ruso el poder espiritual de los Pontífices.

Italia contestó al discurso de Rouher con nuevas protestas á favor de la reivindicacion de Roma. Mr. Sella, uno de los repúblicos más moderados, presentó en el Congreso una

A.

proposicion de orden del dia concebida en los términos que trascibo á la letra. «La Cámara, firme en la resolucion de sostener el programa nacional que es la capitalidad de Italia en Roma, pasa á la orden del dia.» El presidente Lanza, á quien el partido de accion no votara por creerlo sobrado reaccionario en la cuestion de Roma, y sobrado completamente con el Imperio francés, dijo notabilísimas palabras, al tomar posesion de la presidencia, afirmó una vez más el derecho de su patria á la posesion de Roma.

Hay momentos en que el hilo de los hechos se rompe, en que el sentido de la historia se pierde. Napoleon III continuaba la equívoca conducta del primer Imperio, tomaba dos caras, se creia á un tiempo la revolucion y la Iglesia, el despotismo y la democracia, Carlo-Magno y Robespierre, la Edad Media y el siglo décimo-nono; equívoco tremendo que el tiempo aclara, que la razon desvanece, y que tarde ó temprano, siembra ruinas en el suelo y llena los aires con relámpagos de tempestad y vapores de sangre. Desde el momento en que el tratado de 15 de Setiembre se firmó, la soberanía del Papa quedó abandonada á los romanos. Pero el Papa sigue las tradiciones de sus predecesores, llama al extranjero contra los italianos. La legion de Antibes y los zuavos pontificios, ese ejército de aventureros que tiene á Roma postrada por fuerza á los piés de un ejército de frailes, la legion de Antibes y los zuavos son todos extranjeros: aristócratas franceses llenos de orgullo por su historia y de preocupaciones religiosas, suizos pagados con el dinero que los obispos de todo el orbe envian al Papa á fin de que compre sangre en que ahogar la libertad de Italia. Y los que han nacido sobre ese suelo de Roma, los que llevan en la frente el beso de ese luminosísimo sol, los que hablan la sonora lengua romana, los herederos de todos esos monumentos levantados sobre los huesos de sus padres, los últimos testamen-

tarios de esa grande historia, no podían ir á expulsar del Capitolio los soldados extranjeros que lo ocupaban contra todo derecho, y los frailes extranjeros conjurados contra toda verdad. De esta inícuca manera se interpretaba el tratado del 15 de Setiembre por el gobierno francés. Todo para los obispós; nada para los pueblos. El monte Aventino y el monte Capitolino; la cuna de los tribunos y de los jurisconsultos; el foro de donde se ha promulgado el derecho civil á todas las naciones; el Senado que envidiaban los reyes y respetaban los pueblos; los arcos de triunfo bajo los cuales pasaban los guerreros vencedores que abrian con su espada nuevos surcos en la tierra para la siembra de nuevas ideas; los sepulcros de Escipion y de Cincinato pertenecian como un feudo, como un patrimonio á unos cuantos monjes que obligaban á un pueblo entero á no respirar para ser ellos oídos, y á estar de rodillas para ser ellos vistos como los viejos oráculos del engañado Universo.

Los principios que la revolucion francesa ha esparcido por el mundo, se reducen á los siguientes capitalísimos: 1.º Los pueblos no son patrimonio de ninguna persona ni familia. 2.º El pensamiento es libre. 3.º La religion es asunto privativo de la conciencia individual. 4.º La ley civil y la ley política, no miran ni al nacimiento ni al culto. 5.º Todos los destinos y cargos públicos son accesibles á todos los ciudadanos, en fin, la libertad y la igualdad. ¿Y qué principios reinaban en Roma? Como representante del espíritu de la Edad Media, como jefe de una teocracia más inmóvil que la China, como personificación de dos poderes igualmente absolutos, é igualmente superiores á todos los derechos humanos, como sombra de los Pontífices del Oriente y de los Césares de Roma, como heredero de todos los despotismos de la historia, el Papa cree que el suelo romano es el patrimonio y el mayorazgo de la Iglesia; que los romanos, los grandes hombres del antiguo mundo deben pasar á ser en el mundo moderno

sus corderos; que solo á la casta sacerdotal corresponden todos los derechos; que la conciencia libre merece el título de conciencia rebelde; que las leyes civiles y las leyes políticas deben crear privilegios para los fieles de una religion esclusiva; que la libertad y la igualdad han de contarse entre las heregías más escandalosas del mundo; y que el espíritu humano está condenado á permanecer en los limbos de una teología fastástica, leyendo y relejendo la Suma de Santo Tomás, como la última palabra de la ciencia, esperando para pensar, para creer, para adorar, que hable la voz de un poder, el cual mira siempre hácia atrás, sentado sobre las ruinas, respirando el aliento de los sepulcros.

Y el pueblo de la revolucion va á sostener al jefe de las supersticiones. De suerte, que esa Italia, á la cual se le llama en Francia la nacion afeminada y débil; esa Italia que en concepto de sus enemigos y de sus rivales sólo sirve para pintar y para cantar; esa Italia de las leyendas religiosas y de las preocupaciones fanáticas, esa Italia, que al cambiar de religion sólo ha cambiado de ídolos, y que enciende hoy lámparas á la Virgen como presentaba ayer coronas á Vénus; esa Italia del catolicismo, hace un esfuerzo supremo para salvar al mundo del último poder que, salido del abismo de la Edad Media, desafía las revoluciones, en tanto que la Francia de Montaigne, la Francia del edicto de Nantes, la Francia de Voltaire, la Francia de la Convencion, se arastra en el polvo de las Catacumbas, y sostiene al Papa á quien ha herido, á quien ha destronado de la conciencia humana, y fuerza con sus bayonetas que han llevado la revolucion por el mundo á la infeliz Italia á que sostenga el trono donde están amarradas las últimas cadenas de los últimos esclavos.

Hágase lo que se quiera, el poder temporal no se sostendrá. El Papa y el César no pueden rehacer lo que han deshecho los grandes tribunos del pensamiento humano. Se necesitaria recomponer el Viejo Mundo desquiciado, y

ahogar el mundo moderno. La sombra de las viejas ideas que se levantaba sobre el Papa dándole tan extraordinario prestigio, se ha desvanecido. Hoy los aristócratas de la Iglesia van á Roma; pero los pueblos van á la exposicion de París. No solamente no puede el Papa convocar una Cruzada, pero ni siquiera reunir su Jubileo. El terror que habia inspi-

rado á las naciones comenzó á perderse el año mil, cuando vino el Juicio final profetizado por los frailes, y continuó la tierra girando por los espacios, á pesar de los tremendos anuncios de los profetas eclesiásticos. Después del año mil, ha cantado el Dante, ha pensado Abelardo, ha escrito Bacon, ha hablado Lutero, y se ha reido Voltaire.